

LA PLENITUD DEL ESPÍRITU

Jorge Himitian

INTRODUCCIÓN

Al leer el libro de los Hechos observamos que los apóstoles siempre guiaban a aquellos que tomaban la decisión de seguir a Jesús a una triple experiencia en la iniciación de la vida cristiana:

- 1 . La conversión, aceptando a Cristo como Señor.
- 2 . El bautismo en agua.
- 3 . El bautismo en el Espíritu, o el ser lleno del Espíritu Santo.

Eso mismo hizo el apóstol Pablo al llegar a Éfeso (Hch 19,1-7). Al descubrir que los 12 discípulos que estaban allí habían recibido un evangelio incompleto, y sólo habían sido bautizados con el bautismo de arrepentimiento, Pablo les predicó a Cristo y los llevó a las tres experiencias mencionadas de iniciación de la nueva vida en Cristo: Después de predicarles, los bautizó en el nombre del Señor Jesús, y luego les impuso las manos y recibieron el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas, y profetizaban.

Años después, Pablo, al escribirles una epístola (Epístola a los Efesios), desde la prisión en Roma, les dice:

Efesios 1.3:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,

DIOS NOS BENDIJO EN JESUCRISTO

El apóstol inicia la epístola con esta explosión de alabanza al Padre por habernos bendecido con todas sus bendiciones: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...*

Dios Padre es el sujeto de esta acción y de todas las acciones que siguen en este capítulo. El Padre es el que nos bendijo, nos escogió, nos predestinó, nos redimió en Cristo...

Observemos que el verbo está en tiempo pasado. Las expresiones que tanto usamos al orar: “Señor, bendícenos”, o al saludar a algún hermano: “Que Dios te bendiga”, aunque hermosas y bien intencionadas, sin embargo corresponden al Antiguo Testamento (Números 6.22-27). En el Nuevo Testamento no hay ninguna oración en la que se le pida a Dios que bendiga a los que ya estamos en Cristo. ¿Por qué? Porque Dios ya nos bendijo con toda bendición en Cristo. No le pidas a Dios que te bendiga, ¡alámbale por que él ya te bendijo!

Dios... nos bendijo... con toda bendición espiritual: La totalidad de las bendiciones de Dios se encuentran en su Hijo Jesucristo. Pablo dice en Colosenses 2.9-10: *En él habita corporalmente la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él.*

Cuando nosotros recibimos el bautismo del Espíritu Santo, todas sus bendiciones llegan a ser nuestras. Cristo, lleno de la plenitud del Padre, habita en nosotros. Somos uno con él.

Sucede lo mismo cuando una señorita pobre se casa con un hombre muy rico. Por el solo hecho de ser una con él, todo lo que le pertenece a su marido pasa automáticamente a ser de

ella. Por eso la Palabra dice: *nos bendijo... en Cristo*. Es decir, en virtud de nuestra unión con Cristo.

Bendición espiritual: Estas bendiciones son *espirituales*. Aunque Dios nos bendice también material y físicamente, sin embargo aún no tenemos la totalidad de las bendiciones materiales y físicas que habremos de recibir cuando Cristo vuelva. Pero la totalidad de las bendiciones espirituales ya son nuestras en Cristo.

En los lugares celestiales: La expresión *lugares celestiales* en el griego se expresa con una sola palabra, *epouranios*. Está formada por dos palabras: *epi* (= encima) + *uranios* (= cielo), y se refiere a lo que está más allá del cielo visible, al mundo invisible y espiritual, a la dimensión celestial.

En el universo existen dos realidades o dimensiones:

1. El mundo material o físico, que se puede percibir a través de los cinco sentidos.
2. El mundo espiritual, que sólo se puede percibir por el espíritu y la fe.

Los árboles, el agua, los animales, las estrellas, las piedras, pertenecen a la dimensión material o física. En cambio Dios, los ángeles, Satanás, los demonios, pertenecen a la dimensión espiritual o celestial, que en el griego se denomina *epouranios*. El ser humano pertenece a ambas dimensiones ya que tiene cuerpo y espíritu. El apóstol usa cinco veces la expresión *epouranios* en esta epístola: 1.3; 1.20; 2.6; 3.10; 6.12. Notemos que los *principados y potestades*, conformados por los demonios principales, también pertenecen a esta dimensión.

Es en la dimensión *epouranios* que Dios nos bendijo con toda bendición. Cristo, mediante el Espíritu Santo, está ahora en nuestro espíritu. Toda su bendición está en nuestro espíritu. Por eso debemos andar en el Espíritu y no en la carne, para vivir en la virtud de todas sus bendiciones. Todas las bendiciones del Padre están en el Hijo, y el Hijo está en nosotros. No necesitamos pedirle más bendiciones sino más revelación para conocer todo lo que Dios nos ha dado.

ORACIÓN PIDIENDO REVELACIÓN

Efesios 1.15-18:

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento,

En estos versículos Pablo les comunica a los efesios dos aspectos de sus oraciones a favor de ellos: acción de gracias e intercesión.

Cuando nosotros nos dirigimos a Dios, básicamente hacemos dos cosas: le damos y le pedimos.

¿Qué le damos a Dios en nuestras oraciones? Acciones de gracias, alabanza, amor, adoración. Aquí Pablo da gracias a Dios por la fe y el amor que hay entre los hermanos de Éfeso. Pero ¿cuál es su petición específica?

Que... Dios... os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de entendimiento para que sepáis...

Su petición específica es por “revelación”. No es suficiente tener la Biblia; necesitamos revelación de los que está escrito en ella. La raíz de la palabra *revelar* es *velo*. Revelación es la acción de quitar el velo; entonces lo que estaba encubierto por el velo se ve claramente.

La revelación de la palabra de Dios tiene dos aspectos: el objetivo y el subjetivo. El aspecto objetivo sería el enunciado, la proclamación de la revelación, el kerigma. El lado subjetivo es nuestra comprensión de esa revelación. El misterio de Cristo y de su iglesia ya fue revelado una vez y para siempre a los apóstoles y profetas del primer siglo. Esa revelación está registrada en el Nuevo Testamento y constituye el fundamento inmutable de la verdad objetiva de Dios para todos los siglos. Es nuestra responsabilidad leerla, oírla, creerla, obedecerla, estudiarla, meditarla y proclamarla con unción y fidelidad. Pero, aunque es indispensable y fundamental el tener la revelación objetiva, sin embargo no es suficiente. El apóstol no se limita a enviarles por escrito esa revelación. Él sabe que los destinatarios de su carta, para alcanzar la comprensión plena y cabal de esa revelación, necesitan la iluminación interior del Espíritu Santo. Por eso ora pidiendo específicamente que Dios les de *espíritu de sabiduría y de revelación en el **conocimiento** de él* (en el griego el término usado es *epignosis*, que significa conocimiento pleno), *alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*

Esta revelación subjetiva ocurre en nosotros cuando recibimos la palabra de Dios como niños, cuando la recibimos con fe y mansedumbre, sin mezclarla con nuestros razonamientos humanos, sin pasarla por el tamiz de nuestra lógica, sin condicionarla a la realidad circundante. Ocurre cuando le creemos a Dios. Esa revelación no se produce por un esfuerzo intelectual sino por la operación del Espíritu Santo en nuestro interior.

NECESITAMOS REVELACIÓN SOBRE TRES COSAS

Efesios 1.17-18:

... alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos ...

Según estos versículos, hay tres cosas sobre las que necesitamos recibir revelación:

1. *La esperanza* a que él nos ha llamado
2. Las riquezas de *la gloria* de su herencia en nosotros, los santos
3. La supereminente grandeza de *su poder* para con nosotros, los que creemos.

1. Necesitamos revelación para saber la ESPERANZA a que él nos ha llamado

La esperanza es la virtud mediante la cual “esperamos” lo que aún no vemos. La esperanza es la fe orientada hacia el futuro. Se basa en nuestra confianza absoluta en Dios, pues creemos que él es fiel y poderoso para cumplir todo lo que ha prometido (Romanos 4.21; Efesios 3.20).

Dado que el texto dice: *la esperanza a que él os ha llamado*, debemos preguntarnos: ¿a qué nos llamó el Señor?

- Nos llamó a ser santos (1.4)
- Nos llamó a mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia (2.7)
- Nos llamó a ser un solo pueblo, una sola familia, una sola iglesia (2.14-19)
- Nos llamó a ser llenos de toda la plenitud de Dios (3.18-19)
- Nos llamó a andar como es digno de nuestra vocación (4.1-2)

- Nos llamó a funcionar según los dones ministeriales que Cristo pone en la iglesia (4.11-12)
- Nos llamó a ser una iglesia edificada por el ministerio de todos los santos (4.12)
- Nos llamó a alcanzar con todos los santos la unidad de la fe (4.13)
- Nos llamó a alcanzar la estatura de Cristo, a ser como Jesús (4.13; Romanos 8.29)
- Nos llamó a tener una conducta santa en todos los órdenes de la vida (4.22-5.20)
- Nos llamó a vivir según la voluntad de Dios en nuestro hogar y trabajo (5.21-6.9)
- Nos llamó a ser una iglesia gloriosa y santa (5.26-27)
- Nos llamó a ser la esposa del Cordero, a presentarnos como una virgen pura para Cristo (5.29-32; 2 Corintios 11.2)
- Nos llamó a librar una lucha espiritual contra los principados y potestades de la tinieblas, y habiéndolo acabado todo estar firmes (6.11-13)

Hagamos del llamamiento de Dios nuestra vocación (llamamiento y vocación son sinónimos). Nuestra vocación es ser santos, ser como Jesús. Ser uno con todos nuestros hermanos, ser una sola iglesia, y cumplir plenamente nuestra misión en la tierra. Persuadidos de que el que comenzó en nosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Filipenses 1.6).

Esta esperanza está dentro de nosotros. Y se llama **Jesucristo**. En Colosenses 1.27, Pablo dice: *“Es Cristo en vosotros la esperanza de gloria”*. Nuestra esperanza es el desarrollo de la gloria de Cristo, que ya está presente en nosotros mediante el Espíritu Santo. Una mujer embarazada tiene la esperanza de tener una criatura. Aunque la criatura aún necesite crecer y desarrollarse, esa esperanza ya es una realidad dentro de ella. Del mismo modo, es Cristo en nosotros la esperanza de gloria.

¡La vida de Dios está dentro de ti! ¡Y crecerá! ¡Cristo será plenamente formado en ti y en tus hermanos! Ten esperanza. Tu vida será transformada. Tu conducta y tu carácter mejorarán. Créelo. Aférrate a sus promesas. De aquí a un tiempo te parecerás más a Cristo: serás más santo, más humilde, más amable, más responsable. Serás mejor esposo o esposa, mejor padre o madre, mejor hijo o hija, mejor hermano. Llevarás más y mejores frutos para Dios. La iglesia crecerá en calidad, en unidad y en cantidad. Llegaremos a ser lo que Dios se propuso desde antes de la fundación del mundo ¡Aleluya!

La esperanza del mundo es la iglesia, y la esperanza de la iglesia, Cristo. No hay otra solución para el estado en el que se encuentra el mundo. Vienen tiempos preciosos para la iglesia en todas las naciones.

Dios ha prometido derramar su Espíritu sobre toda carne en los postreros días (Hechos 2.17). El evangelio del reino será predicado a todas las naciones antes del fin (Mateo 24.14). La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Dios como las aguas cubren el mar (Habacuc 2.14).

La culminación y realización plena de nuestra esperanza es la segunda venida de Cristo. Un día Cristo volverá a la tierra. Recibiremos entonces cuerpos glorificados y la plena posesión de nuestra herencia eterna. Esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los que morará la justicia (2 Pedro 3.13). Amén.

2. Necesitamos revelación para conocer la GLORIA de Cristo en nosotros.

Efesios 1. 18:

***... alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...
cuales las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,***

Necesitamos revelación para conocer lo que Dios ya nos ha dado en Cristo.

Dios nos ha dado todos los recursos que necesitamos para que la esperanza a la que nos ha llamado llegue a ser una realidad en nuestras vidas. Nos ha dado recursos sobrenaturales para que su plan y propósito se cumplan plenamente en nosotros aquí en la tierra. Pero necesitamos revelación para verlo y poder experimentarlo. Por eso dice: **...para que sepáis... cuáles** (son) **las riquezas de la gloria de su herencia en los santos...** En esta frase hay tres cosas que debemos llegar a conocer: ¿Qué es una herencia? ¿Qué es la gloria? y ¿Dónde están esos recursos?

¿Qué es una herencia?

Herencia son todos los bienes que recibe un heredero. Cristo, por ser el Hijo de Dios, es el heredero de todo lo que Dios tiene (Hebreos 1.2). Nosotros, por haber sido adoptados por Dios como hijos, por medio de Jesús y por pura gracia, somos coherederos de Cristo en todo aquello que el Padre le ha otorgado (Romanos 8.17).

¿Qué es la gloria?

Gloria es una palabra muy destacada dentro del texto bíblico. (Traduce los términos *kabod*, del hebreo, y *doxa*, del griego.) El concepto de la palabra *gloria* se relaciona con valor, virtud, honra, peso, capacidad, poder, grandeza, calidad. **Gloria es la manifestación visible de las virtudes o cualidades invisibles de una persona.** Cuando las virtudes invisibles de Dios nos son reveladas, quedamos asombrados, maravillados, y exclamamos: ¡Gloria a Dios!

La creación nos revela la grandeza, el poder, la sabiduría, de Dios; por eso el salmista dice: *Los cielos cuentan la gloria de Dios* (Salmos 19.1). Los serafines desde el cielo declaran: *Toda la tierra está llena de su gloria* (Isaías 6.3).

Pero la máxima expresión de la gloria de Dios es **Jesucristo**. Él es el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1.3). Juan dice: Y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre (Juan 1.14). Pablo declara que en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Colosenses 2.9).

Todas las virtudes del Padre y todas sus bendiciones están en el Hijo.

¿Dónde están esos recursos?

Nuestro versículo dice: *las riquezas de la gloria de su herencia **en los santos**.*

Cristo, habitado por la plenitud del Padre, está en nosotros por el Espíritu Santo. Cristo en nosotros es la esperanza de gloria. En Juan 17.22 y 23 Jesús le dice al Padre: *La gloria que me diste, les he dado, para que sean uno... yo en ellos y tú en mí...*

El Santo, el todopoderoso, el siempre victorioso, el manso, el humilde, el que sabe perdonar, el que es amor, el Príncipe de Paz, está en nosotros; con todas sus virtudes, con todo su poder, con todo su amor, con toda su gracia, con todas sus cualidades. ¡Aleluya, aleluya y aleluya!

Dios ya nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. En realidad no necesitamos más bendiciones sino más revelación para conocer todo lo que Dios nos ha dado en Cristo. Con mucha frecuencia en nuestras oraciones decimos: “Señor, te pido que me bendigas”. Cuando intercedemos por otros solemos hacer la misma petición. También hemos hecho de esta frase un saludo entre los hermanos: “Qué Dios te bendiga”. Aunque se trata de una hermosa expresión de deseo, sin embargo no está de acuerdo con la revelación del Nuevo Testamento. Procede del Antiguo Testamento: *Jehová te bendiga y te guarde...* (Números 6.22-27). Si Dios nos bendijo con toda bendición espiritual, entonces no tiene más bendiciones para darnos. Si hemos recibido el Espíritu Santo no necesitamos nuevas bendiciones sino más revelación para conocer lo que ya nos ha sido dado en Cristo por medio del Espíritu Santo.

Tener riquezas en abundancia, contar con una gran herencia, y no saberlo, a los fines prácticos, es como no tenerlos. Si alguno depositara en tu cuenta bancaria una grandísima suma de dinero y tú no te enteraras de ello, aun habiéndote vuelto una persona muy rica, seguirías viviendo pobremente. Tener algo e ignorarlo, en la práctica es como no tenerlo. La

revelación transforma nuestras vidas. Por eso Pablo al orar por los efesios no pide más bendiciones sino más revelación.

¡Oh, que Dios nos ilumine para que conozcamos la gloria que hay en nosotros!

Cristo, hablando a sus discípulos del Espíritu Santo les dijo: *“Él me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber”* (Juan 16.14). La función del Espíritu Santo es tomar lo de Cristo y hacérselo saber (Juan 16.14). Observemos que no dice: *tomará de lo mío y os lo dará*, sino *tomará de lo mío y os lo hará saber*.

Sí, dentro de ti están todas las virtudes de Cristo: amor, santidad, humildad, mansedumbre, paciencia, paz, bondad, dominio propio, amabilidad, verdad, sinceridad, justicia, misericordia, y otras. Cree en la revelación de Dios y vive de acuerdo con ella.

Parábola

Un hombre pobre recibió en herencia una inmensa mansión. Abandonó su ranchito y se fue a vivir con su familia en esa hermosa casa que jamás soñó tener. La vivienda era espléndida y muy grande, pero se encontraba totalmente vacía, de modo que trasladaron los pocos y viejos muebles y utensilios que tenían a esa lujosa mansión. Algún tiempo después, leyendo el testamento con mayor atención, se enteró de que la herencia incluía todo tipo de muebles, alfombras, cuadros, vajilla, cortinas, lámparas, artefactos, herramientas, enseres de la casa, máquinas, joyas de gran valor, y otras cosas. Fue al abogado para realizar el reclamo, y éste le aseguró que todo le había sido entregado el primer día. Para poner fin a la disputa, el abogado acompañó al hombre hasta su casa. Una vez allí lo guió a un gran subsuelo que había allí, de cuya existencia el hombre no se había percatado. Y ante el asombro del heredero, abrió las puertas del sótano y le demostró que, efectivamente, todo le había sido entregado el primer día. El hombre no salía de su asombro al ver todas las cosas valiosísimas que tenía allí; pero por no saberlo no las había podido disfrutar antes.

El hombre pobre somos nosotros, el abogado es el Espíritu Santo, y el testamento, el Nuevo Testamento. Necesitamos leerlo con cuidado y fe, bajo la guía y revelación del Espíritu Santo, para ir conociendo día tras día las riquezas de la gloria de su herencia en nosotros.

3. Necesitamos revelación para conocer el PODER que Dios nos ha dado.

Efesios 1.19-21:

... y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero;

Resulta imposible explicar a través de palabras el poder extraordinario que Dios nos ha dado. Para captarlo (lo reiteramos) necesitamos revelación.

Observemos la cantidad de palabras y adjetivos que utiliza Pablo al referirse a ese poder, y aún así siente que lo explica de un modo insuficiente, ya que es casi imposible transmitir la magnitud de ese poder por medio del lenguaje humano.

En la primera frase: *“La supereminente grandeza de su poder”*

En el griego usa cuatro palabras: *hyper-ballo / megatón / dynamis*.

En la segunda frase: *“Según la operación del poder de su fuerza”*

En el griego usa tres palabras más: *energeian / kratos / isxus*.

Pablo usa siete términos para calificar y explicar el tremendo poder que tenemos dentro de nosotros. Pero no queda satisfecho con semejante explicación; entonces recurre a un ejemplo

extraordinario al decir que *el mismo poder con el que el Padre resucitó a Jesús, y lo exaltó por encima de todo y de todos, es el poder que actúa en nosotros.*

¡Tenemos en nosotros el poder de la resurrección; el poder de una vida indestructible; el poder que venció al pecado, a la muerte, a los principados y potestades; el poder que crucificó a nuestro viejo hombre! ¡Aleluya, aleluya y aleluya!

- Sin embargo, para muchos la vida cristiana les resulta un ejercicio semejante a querer avanzar contra la corriente en **un bote a remos**. Si a esa clase de cristianos les preguntáramos si la vida cristiana es fácil o difícil, nos responderían: ¡Difícil! En parte tienen razón. Es muy difícil perdonar al que nos ofende, amar al que nos trata mal, vencer las tentaciones, estar siempre gozosos, cuando queremos hacer todo eso con nuestras propias fuerzas.

- A otros, la vida cristiana les resulta como navegar en **un velero**, siempre dependiendo de factores externos para avanzar. A veces los vientos son favorable y otras, no. Cuando están en una reunión bendecida, o concurren a un retiro espiritual en el que se percibe la visitación de Dios y sopla el viento del Espíritu, todo parece irles fácil y bien.

- Pero, según la luz que arroja la palabra de Dios, la vida cristiana no se parece a un bote de remos ni a un velero, sino a **una lancha con motor fuera de borda**. Ese tipo de lancha no depende del esfuerzo personal para avanzar ni de las circunstancias exteriores, sino que es impulsada por un poderoso motor, una fuerza interior que la lleva contra viento y marea. Esa es la verdadera figura de la vida cristiana. Dios nos proveyó todo el poder que necesitamos para andar en victoria cada día y bajo cualquier circunstancia, por más adversa que ésta pueda llegar a ser. ¡Aleluya!

La llave del motor: Ese motor no opera en nosotros automáticamente. Hay una llave que lo enciende y lo mantiene encendido. **Esa llave es la fe**. Por eso dice: *para con nosotros los que creemos*. Algunos, habiendo recibido el bautismo del Espíritu Santo, tienen el motor apagado y siguen esforzándose con los remos; es decir, tratan de hacer la voluntad de Dios con sus propias fuerzas. Por eso la vida cristiana les resulta tan difícil y pesada.

CONCLUSIÓN

- Cada hijo de Dios, además de bautizarse en agua, necesita recibir el bautismo del Espíritu Santo. Es indispensable que reciba ese *motor*. Porque es un don de Dios (un regalo) para cada uno de sus hijos. Ese regalo se recibe por la fe.
- Resulta importante no sólo recibir ese poder, sino andar en el Espíritu las veinticuatro horas del día. Vivir en la fe es la clave para andar en el Espíritu; vivir creyendo y dependiendo de ese poder que está en nosotros. Debemos declarar como Pablo: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*, o como dice otra versión: *que me da sus fuerzas* (Filipenses 4.13). Puedo amar, puedo perdonar, puedo ser más humilde, más amable, más servicial. Puedo vencer la tentación, vivir en victoria, predicar la Palabra, orar sin cesar, dar gracias siempre y por todo. Todo lo puedo en Cristo por el poder de su Espíritu en mí.
- A veces se nos apaga 'el motor' por diferentes circunstancias. Cuando eso suceda, solucionemos el problema lo antes posible, y volvamos a vivir en el Espíritu (Romanos 8.11-14). Amén.